

que el peligro mismo, el Senado se apresuró á recurrir á una medida, que era su último recurso en las situaciones críticas; dispuso que se nombrase un dictador. Esta decisión, afligió hondamente á Julio y Cornelio, siendo motivo de violentos debates. Después de quejarse amargamente, pero sin resultado, los principales patricios, de la resistencia de los tribunos militares á la autoridad del Senado, concluyeron por deferir á los tribunos del pueblo, recordándoles que, en ocasión semejante, habían sabido con sus esfuerzos hacer ceder hasta á los cónsules. Regocijados los tribunos del pueblo por la desayenencia de los patricios, contestaban: «Que no podían esperar socorro alguno de seres á quienes no consideraban como ciudadanos ni siquiera como hombres: que si querían admitirles á la participación de los honores y darles puesto en la república, buscarían los medios de mantener los senatus-consultos contra los magistrados soberbios; entre tanto los patricios, á quienes jamás había contenido el respeto á las leyes y á los magistrados, que hiciesen lo mismo con el poder tribunicio.»

Este debate, tan inoportuno en momento en que tan pesada guerra tenían entre manos, ocupaba todos los ánimos; hasta que al fin Julio y Cornelio se esforzaron por mucho tiempo y sucesivamente en demostrar que tenían capacidad bastante para dirigir aquella guerra, y que no era justo despojarles de un honor que habían recibido del pueblo.» Ahala Servilio, tribuno militar, dijo: «Que si por tanto tiempo había guardado silencio, no era porque careciese de opinión decidida (ningún buen ciudadano podía separar su interés del de la república); pero había esperado que sus colegas cederían de buen grado á la autoridad del Senado, antes que dejar invocar contra ellos al poder tribunicio. Ahora también, si el asunto no apremiase, les dejaría tiempo para

retroceder de tan obstinada determinación; pero como las exigencias de la guerra no esperan las resoluciones de los hombres, prefería servir á la república á doblegarse á sus colegas; si el Senado continúa pensando lo mismo, nombraría dictador en la noche próxima; y si alguno se oponía al senatus-consulto, él se sometería á la decisión del Senado.» Después de obtener por su firmeza elogios muy merecidos y el agradecimiento de todos, habiendo nombrado dictador á P. Cornelio, éste le eligió jefe de los caballeros, y su ejemplo, unido al de sus colegas, demostró claramente que los votos y los honores los consigue frecuentemente el que no los busca. Nada notable tuvo la guerra; en un solo combate y sin ningún trabajo fué exterminado el enemigo en Anzio. El ejército victorioso devastó el territorio volsco. Fué tomado por la fuerza un fuerte cerca del lago Fusino, y en él hicieron tres mil prisioneros; el resto de los volscos se refugió en sus murallas sin defender los campos. El dictador, después de terminada la guerra, en la que no había tenido otra cosa que hacer que dejarse llevar por la fortuna, volvió á la ciudad, más afortunado que glorioso, y abdicó su magistratura. Los tribunos de los soldados, sin hablar de abrir comicios consulares (creo que por el disgusto del nombramiento de dictador), anunciaron comicios para la elección de tribunos militares. Viendo los patricios que les hacían traición los suyos, quedaron muy alarmados. En consecuencia, después de disgustar al pueblo de todos los plebeyos, hasta de los más dignos, presentando los candidatos más repugnantes con los patricios principales, los más ilustrados é influyentes consiguieron los votos y ocuparon todos los puestos; ni un solo plebeyo consiguió abrirse paso. Nombraron cuatro patricios, que ya habían desempeñado estas funciones: L. Fario Medulino, C. Valerio Potito, N. Fabio Vibulano y C. Ser-

villio Ahala. Este fué reelegido y continuó en aquella dignidad, tanto por sus anteriores méritos, como por el favor que recientemente le había merecido su moderación.

Habiendo expirado este año la tregua con los veyos, enviaron legados y faciales para comenzar las reclamaciones. En el momento en que llegaron á la frontera, encontraron una legación de los veyos, que les pidió no fuesen á Veyas hasta que se presentasen al Senado romano. Estos legados consiguieron del Senado, en atención á las disensiones intestinas que dividían á los veyos, que se suspendiese toda reclamación contra ellos: tan lejos estuvieron de querer obtener provecho del daño ajeno. De los volscos se recibió otro descalabro, puesto que destruyeron la guarnición de Verrugina. Entonces pudo verse cuánta importancia tiene un solo momento. Habiendo pedido socorro los soldados sitiados, hubiesen podido salvarles mediante una marcha rápida; pero el ejército enviado á socorrerles llegó después de su exterminio, no pudiendo hacer otra cosa que exterminar á su vez al enemigo, que se había dispersado para saquear. El Senado más bien que los tribunos habían ocasionado el retraso: habíase dicho que la guarnición se defendía con extraordinaria energía, y el Senado no pensó que no hay valor que exceda á las fuerzas humanas. Sin embargo, aquellos valerosos soldados ni vivos ni muertos quedaron sin venganza. Al año siguiente, siendo tribunos militares con autoridad consular P. y Cn. Cornelio Cosso, Q. Fabio Ambusto y L. Valerio Potito, una contestación soberbia del Senado de Veyas estuvo á punto de ocasionar una guerra con los veyos. Habiendo ido los legados romanos á reclamar, hizoles contestar que si no se alejaban pronto de la ciudad y sus fronteras les darían lo que Lartés Tolumnio había dado ya. Indignados los senadores decretaron

que los tribunos propusieran sin demora al pueblo una declaración de guerra contra los veyos. A esta proposición murmuró la juventud: «Que no se había puesto aún fuera de combate á los volscos; recientemente habían sido degolladas dos guarniciones (1) y no sin peligro se conservaban aquellos puntos. Que no había año en que no fuese necesario salir á campaña, y como si estos fuesen pocos trabajos, se preparaba otra guerra con una nación vecina, la más fuerte de todas y que seguramente levantaría á toda la Etruria.» El pueblo exclamaba así y los tribunos le excitaban más, diciendo públicamente: «La guerra más dura es la de los patricios contra el pueblo; le agobian á su placer, le extenuan en el servicio y lo entregan á la muerte en manos del enemigo; le separan, le relegan lejos de la ciudad, por temor de que el descanso en Roma le recuerde las palabras libertad y colonias y se le ocurra pedir otra vez los bienes usurpados y el libre sufragio en las elecciones. Estrechando después la mano á los veteranos, contaban sus campañas y sus heridas y cicatrices. ¿Queda en este cuerpo sitio intacto para nuevas heridas? ¿Queda alguna sangre que pueda darse por la república?» Cuando á fuerza de repetir tales discursos en las conversaciones y en las asambleas, disiparon del pueblo toda idea de guerra, dejóse para otra época la proposición de ley que, con tales prevenciones, habría sido rechazada.

Entre tanto, consideróse oportuno enviar tribunos militares con un ejército al territorio volseo. Cn. Cornelio quedó solo en Roma. Los tres tribunos, después de reconocer que los volscos no habían establecido campamento en ninguna parte y que no librarian bata-

(1) La de Verrugina del año anterior, y la de Carvento tres años antes.

lla, dividieron el ejército en tres cuerpos para devastar mejor el territorio. Valerio se dirigió á Anzio, Cornelio á Ecetra, y por todas partes á su paso devastaron hasta muy lejos las casas y los campos para distraer á los volscos; entre tanto Fabio, sin ocuparse en saquear, marchó sobre Auxur, objeto principal de aquella expedición. Era entonces Auxur lo que hoy Terracina, una ciudad que descende en cuesta hasta los pantanos, y por este lado presentó Fabio el ataque. Cuatro cohortes, guiadas por C. Servilio Ahala, rodearon la plaza; se apoderaron de una colina que la dominaba, y desde aquel punto elevado, que no estaba guarnecido, se precipitaron sobre la ciudad en tumulto y gritando cuanto podían. A estos gritos, los que defendían contra Fabio la parte baja de la ciudad quedaron sobrecogidos de miedo; pudieron acercar las escalas, la plaza se llenó de enemigos, y por largo espacio hubo espantosa matanza de fugitivos y combatientes, de hombres armados y sin armas. Los vencidos se veían obligados á combatir, puesto que nada podían esperar de su rendición; pero de pronto se mandó perdonar á los que renunciasen á defenderse, y depuso en el acto las armas aquella multitud de voluntarios. Cogiéronse dos mil quinientos prisioneros. Fabio no quiso conceder á sus soldados el saqueo de la ciudad hasta la llegada de sus compañeros, diciendo que los otros dos ejércitos habían ayudado también á la toma de Auxur, puesto que habían impedido al resto de los volscos auxiliar la plaza. Pronto llegaron, y aquella ciudad, que por su antigua fortuna había llegado á ser tan opulenta, fué saqueada por los tres ejércitos reunidos. Esta liberalidad de los generales comenzó á reconciliar al pueblo con los patricios. A este primer beneficio los jefes del Estado añadieron otro que fué muy oportuno. Adelantándose á toda petición del pueblo ó de los tribunos, el Se-

nado decretó que los soldados recibirían sueldo del Tesoro público (1); hasta entonces cada cual había hecho la guerra á su costa.

Dícese que jamás recibió el pueblo un favor con tanto regocijo: en tropel corrió al Senado, estrechó las manos de los senadores al salir: con razón se les había llamado padres, asegurando que después de tal beneficio, ninguno habrá que economice por una patria tan generosa ni su cuerpo ni su sangre. Alegrábanse al pensar que el patrimonio al menos quedaría seguro mientras el cuerpo trabajaba en favor de la república; y lo que aumentaba el entusiasmo y daba realce al favor, era que había sido voluntario, espontáneo; que no lo habían provocado ni las quejas de los tribunos ni reclamaciones del pueblo. Pero los tribunos del pueblo permanecían apartados de aquel regocijo que establecía la concordia entre los órdenes. El porvenir demostrará cuánto se engañan los senadores y la multitud, que ven en este honor y prosperidad; esa medida, que parece tan admirable, no resistirá á la experiencia. ¿De dónde obtendrán ese dinero si no es del pueblo y por medio de un tributo? Con los bienes de unos serán generosos con los otros. Por lo demás, á pesar de la aprobación general, los que han terminado su servicio no consentirán que otros hagan la guerra con más ventaja que la han hecho ellos, y los que han pagado sus gastos con sus propios recursos, no pagarán además los de los otros. Estas palabras arrastraron á una parte del pueblo. Una vez impuesta la tasa al fin, los tribunos ofrecieron públicamente su apoyo á todo el que se negase á pagar el impuesto para el sueldo de las tropas. Los patricios defendieron con perseverancia la obra que tan felizmente

(1) Esto fué para la infantería; la caballería no obtuvo sueldo hasta cuatro años después.

habían comenzado, siendo los primeros en contribuir, y como no había aún plata acuñada (1), muchos llevaron en carros al tesoro pesadas cargas de cobre, lo cual daba ostentación á su conducta. Cuando el Senado hubo contribuido así con buena fe, según sus rentas, los plebeyos principales, amigos de los nobles, se pusieron de acuerdo para imitarles; y cuando la multitud vió que les aplaudían los patricios y que la juventud militar les aprobaba como buenos ciudadanos, de pronto, sin cuidarse del apoyo de los tribunos, se ofreció á porfía á pagar su parte de la deuda pública. Habiendo sido aprobada la ley que declaraba la guerra á los veyos, un ejército, casi todo de voluntarios, marchó sobre Veyas al mando de los nuevos tribunos militares con autoridad consular.

Fueron estos tribunos T. Quincio Capitolino, Q. Quincio Cincinnato, C. Julio Yulo por segunda vez, A. Manlio, L. Furio Medulino por tercera vez y M. Emilio Mamercino. Estos comenzaron á sitiar á Veyas. Desde los primeros tiempos del sitio, los pueblos de la Etruria celebraron muchas veces consejo en el templo de Voltumna, sin lograr decidir si la confederación formaría causa común con los veyos y mandaría en socorro suyo todas sus fuerzas. El asedio continuó, pero con menos vigor, el año siguiente, en ausencia de parte de los tribunos y del ejército, llamados á otra parte contra los volscos. Fueron este año tribunos militares con autoridad consular C. Valerio Potito por tercera vez, M. Sergio Fidenas, P. Cornelio Maluginense, Cn. Cornelio Cosso, Q. Fabio Ambusto y Sp. Naucio Rutilo por segunda vez. Encontróse á los volscos entre Terentino y Ecetra; se trabó batalla, y la fortuna fué favorable á

(1) Según Plinio, no se acuñó moneda de plata hasta el año 485 de Roma.

los romanos. En seguida marcharon los tribunos á sitiar á Artena, ciudad de los volscos. Habiendo intentado el enemigo una salida, fué rechazado á la ciudad, facilitando de esta manera la entrada á los romanos, que se precipitaron detrás; apoderáronse de todo, exceptuando la fortaleza, fortificada naturalmente y en la que se habían encerrado algunos soldados. Fuera de la fortaleza muchos desgraciados fueron muertos ó hechos prisioneros. Pronto pusieron sitio á la misma fortaleza; pero era imposible tomarla por fuerza, bastando la guarnición para las dimensiones del paraje, y tampoco podía esperarse que se rindiera, porque antes de la toma de la ciudad habían trasladado allí todo el trigo de los graneros públicos. Así es que desalentados los romanos hubiesen terminado por retirarse, si la traición de un esclavo no les hubiese entregado el fuerte. Por un paso escarpado introdujo soldados que degollaron los centinelas, y aterrado el resto de la guarnición se rindió en seguida. Después de arrasar la ciudad y la fortaleza de Artena, salieron las legiones del país volscos, y todas las fuerzas de la república se dirigieron sobre Veyas. Al traidor se le recompensó dándole además de la libertad los bienes de dos familias: llamósele Servio Romano. Opinan algunos autores que Artena pertenecía á los veyos y no á los volscos, error que depende de que existió una ciudad con el mismo nombre entre Cerea y Veyas; pero fué destruída por los reyes romanos y dependía además de los ceretos y no de los veyos. Otra ciudad con este nombre había en el país de los volscos, y es esta cuya destrucción queda referida.

FIN DEL LIBRO CUARTO.